

Imaginarios de barro y agua: identidades municipales y resignificaciones comunitarias en el patrimonio cultural de Metepec, México

Clay and water imaginaries: municipal identities and community resignifications in the cultural heritage of Metepec, Mexico

Recebido em: 01/11/2021

Aceito em: 15/12/2021

David Figueroa Serrano¹

Resumen

Este texto busca generar una reflexión sobre los procesos de patrimonialización de la alfarería como marca cultural, que es resignificada en un contexto de turismo global en el municipio de Metepec, en el altiplano central de México. A partir de la investigación documental, describimos el contexto geográfico e histórico de la localidad de estudio. Por su parte, el trabajo etnográfico -en el cual se efectuaron entrevistas y pláticas informales con los artesanos- permitió la identificación de la tradición oral que alimenta las representaciones del patrimonio cultural, así como las diferentes narrativas, tanto locales como gubernamentales, sobre la tradición alfarera y la reconfiguración de los escenarios para las nuevas generaciones de artistas y artesanos. Se concluye que los patrimonios culturales que han marcado de forma significativa a las comunidades, ya sea por las condiciones geográficas, históricas y las diversas narrativas que forjan su memoria, implican un reconocimiento desde su praxis.

Palabras clave

Patrimonio cultural; identidades municipales; memoria intertextual;

Abstract

This text seeks to generate a reflection of potter heritage as a cultural brand that is resignified in a context of global tourism in the municipality of Metepec, in the central highlands of Mexico. From the documentary research, we describe the geographical and historical context of the study location. The ethnographic

1 -Doctor en Ciencias Humanas con especialidad en estudio de las tradiciones. Profesor-investigador de la Facultad de Antropología, Universidad Autónoma del Estado de México. E-mail: davdatura@hotmail.com

work, in which interviews and informal talks were carried out with the artisans, allowed the identification of the oral tradition that feeds the representations of the cultural heritage, as well as the different local and governmental narratives about the pottery tradition and the reconfiguration of the settings for the new generations of artists and craftsmen. It is concluded that the cultural heritages that have significantly marked the communities, whether due to geographical and historical conditions and the various narratives that shape their memory, imply recognition from their praxis.

Keywords

Cultural heritage; municipal identities; intertextual memory

Introducción

El municipio de Metepec, en el Estado de México, ha estado inmerso en diversos derroteros que han modificado constantemente su fisonomía. Los procesos de urbanización e industrialización de los últimos sesenta años, han generado una transición de los sistemas productivos y organizativos que antiguamente estaban sustentados en la agricultura y el sistema de vida lacustre. Sin embargo, la práctica artesanal de la alfarería ha sobrevivido desde la época prehispánica, siendo actualmente un referente identitario del municipio, a pesar de su pujante transformación socioeconómica.

Desde la época prehispánica, las comunidades que se asentaron en los márgenes de la cuenca alta del Lerma forjaron una forma de vida lacustre, ya que su entorno estuvo caracterizado por la presencia abundante de agua. Si bien, la agricultura vinculada a la milpa fue de gran importancia, no obstante, las lagunas del altiplano definieron las prácticas alimentarias, formas de comunicación y transporte, así como un sistema de creencias en el cual el agua fue concebida como una entidad viva o desde un sentido anímico.

Las diversas tradiciones orales de la región, así como algunas obras materiales, como las fachadas de los templos coloniales y la cerámica, son referentes de estos imaginarios que se han mantenido vigentes; sobre todo las narraciones míticas sobre la tlanchana o sirena, que siguen siendo una forma de rememoración del pasado lacustre. Este municipio es reconocido por la maestría de sus artesanos que trabajan el barro. Justo en esta actividad se da

una fusión entre la producción artesanal y la presencia de diversos imaginarios de la tradición oral.

El personaje mítico de la sirena, junto con el “árbol de la vida”, son referentes temáticos de la producción artesanal en barro. De igual forma, se han convertido en insignias de los proyectos municipales para fomentar el turismo. La actividad alfarera por mucho tiempo estuvo invisibilizada y solamente reconocida por algunos especialistas de la cultura y el arte popular. Posteriormente, a finales de la década de 1980 y principios de la siguiente década, fue resignificada por las instituciones culturales del gobierno estatal y municipal, de tal suerte que, con el *boom* patrimonial en México, se forjó un proyecto de turismo cultural, que tuvo como eje central la producción alfarera y la narrativa simbólica de sus obras emblemáticas.

En este texto buscamos generar una reflexión sobre los procesos de patrimonialización de la alfarería como marca cultural que es resignificada en un contexto de turismo global; una dinámica en la cual, se busca forjar una identidad municipal por parte de los gobiernos recientes. Sin embargo, más allá de la propuesta institucional, la propia comunidad ha revitalizado sus sistemas de creencias que expresan la trascendencia histórica de la región. En ello se vuelve fundamental analizar las experiencias culturales vertidas en las narrativas artísticas y de la tradición oral en torno a la memoria de la ciudad, su sentido referencial y las contextualidades que generan tensiones en los procesos identitarios.

A través de un trabajo documental y etnográfico, en el cual se efectuaron diversas entrevistas y pláticas informales, se identificaron las diferentes narrativas, tanto locales como gubernamentales, sobre la tradición alfarera y cómo se han reconfigurado los escenarios para las nuevas generaciones de artistas y artesanos. En ese sentido, describimos en un primer momento, el contexto geográfico e histórico, así como la tradición oral que alimenta las representaciones del patrimonio alfarero. En un segundo momento, analizamos la apropiación y resignificación de los proyectos gubernamentales, por parte de la población, para afianzar su visión de identidad y memoria social, apoyada en los imaginarios heredados.

Espacios marcados, patrimonios y memorias intertextuales

Los tiempos actuales, caracterizados por la sobre información y la fluidez constante de datos que se superponen entre ellos y nos sobreexcitan (VIRILIO, 2003), nos dejan la incógnita de cuáles serán las condiciones de preservación y continuidad de la memoria social y su representación. Esta pregunta nos acerca a la necesidad de entender cómo la memoria participa en la configuración de los imaginarios sociales, los procesos de transformación del entorno natural y la fisonomía de las ciudades.

La memoria, más allá de ser una facultad humana para recordar acontecimientos y situaciones o como depositaria de un legado; implica un sentido más profundo a través de su carácter dinámico, el cual genera la vinculación simbólica entre la emergencia social y los referentes culturales. Es decir, la dimensión pasiva de la memoria entendida como un espacio de almacenaje de recuerdos, es algo limitado y puede afectar la visión del patrimonio cultural como algo inmutable.

Halbwachs (2004) ha expuesto la importancia de los marcos sociales de la memoria, los cuales se van constituyendo a partir de las vivencias de la infancia y el vínculo generacional. La parte social e histórica de nuestra memoria es muy amplia, puesto que es a través de estos referentes como adquirimos los modos de recordar y de precisar los recuerdos. De acuerdo con Connerton (2006), la memoria social se arraiga a través de diversos ejercicios del recordar, estos recrean constantemente el pasado a partir de las ritualidades que establecen su continuidad y reactivación.

La importancia de los referentes sociales en la memoria son fundamentales para la construcción de las valoraciones de nuestras experiencias. No obstante, como lo plantea Pollak (2006), debemos tomar ciertas precauciones al asumir esta influencia, puesto que -contrario a la visión de una memoria colectiva estable que fomenta la cohesión social- la memoria social también implica imposiciones, sistemas de dominación o violencia simbólica.

Pollak se enfoca en los procesos y actores que intervienen en la constitución y formalización de las memorias. Este autor advierte que, en un nivel individual, la memoria es indisociable de la organización social de la vida; no obstante, debe de haber un análisis que aborde cómo las memorias son construidas, deconstruidas y reconstruidas. Esto implica reconocer el trabajo psicológico de los individuos que tienden a controlar las tensiones y contradicciones entre la perspectiva oficial del pasado y los propios recuerdos personales.

Olick (1999), por su parte, cuestiona las tensiones que se generan en la agregación del marco social en las memorias individuales. Hay una relación constante entre lo individual y lo colectivo, sin embargo, existe una tensión que deviene del hecho de que la memoria ocurre en lo público y en lo privado, por tanto, hay procesos psicológicos que intervienen en su formulación. Este autor considera que la memoria está basada en principios individuales más que sociales, por ello, deberíamos referirnos a la memoria como individual presocial, ya que, a diferencia de ésta, la memoria social es la resultante de los discursos públicos referentes al pasado. En dicho proceso, intervienen narrativas e imágenes que hablan de la colectividad.

El efecto de los referentes sociales se hace presente en las exégesis individuales que, al objetivarse y narrarse, se convierten en fuente de lo social, en una forma discursiva de lo comunitario (FIGUEROA, 2015). Esta condición se acerca a lo que Abercrombie (2006) refiere sobre la memoria social como un “hacer” el propio pasado, a partir de formas concretas por las cuales la gente se constituye tanto en un carácter personal como en sus formaciones sociales, a través de sus acciones comunicativas.

Las memorias subterráneas se oponen a la memoria oficial o hegemónica, su continuidad se mantiene en condiciones silenciadas, resurgiendo en momentos críticos a través de la exacerbación de la confrontación con los discursos que sustentan las memorias oficiales (POLLAK, 2006; FIGUEROA, 2015).

La interacción entre las diversas memorias subalternas y hegemónicas, generan juegos de significación, ya que la experiencia misma y su objetivación,

necesariamente están inmiscuidas en su tradición, entendida ésta como punto de partida u horizonte de comprensión (GADAMER, 2004). En ese sentido, la intertextualidad que teje los caminos y bifurcaciones de la memoria, a través de diversas fuentes discursivas, está caracterizada fundamentalmente por las formas de mediación, en las cuales se entrelazan la representatividad y las relaciones de poder. La memoria entonces es en sí misma intersubjetiva, tanto o al igual que la forma de significar la experiencia.

El flujo de la memoria sustenta su fuerza a partir de la confrontación y la mediación de los canales creados en la interacción. Esto permite que, en la realidad emergente, la voz de las diversas memorias subsista en los sistemas significativos sociales. La intertextualidad expone diferentes narrativas entrecruzadas, las cuales cohabitan el espacio y la interpretación del pasado. En sí mismas, las tramas narrativas despliegan visiones diversas sobre el tiempo y el espacio. Lo que se puede entender como una memoria social en términos de la asociación de los acontecimientos sociales, las exégesis personales sobre ese proceso y las dinámicas que socialmente se establecen para recordar, se robustecen en los vínculos de las experiencias comunes.

La memoria social pensada desde una lógica de diversidad interna, se forja desde la presencia de “memorias sectoriales”. Estas son el efecto de las encrucijadas sociales, las diferencias generacionales, las motivaciones e intereses políticos, así como la interpretación histórica. Es por ello que la memoria como un proceso social/individual puede ser comprendida desde sus diversos flujos intertextuales, referenciales y significativos, generados a partir de la acción de diferentes actores y grupos sociales, los cuales puedan estar enmarcados en procesos locales de interés político, económico, de clase u otros (FIGUEROA, 2020).

El carácter dinámico de la memoria nos muestra un proceso en el cual la tradición, los acontecimientos, el recuerdo, el pasado y el entorno están en constante resignificación a partir de nuevas perspectivas y discursos que presentan las circunstancias contextuales y coyunturales. La memoria como sustento del patrimonio cultural está implícita en este debate.

Tanto la memoria como la idea del patrimonio están definidas desde la significación del pasado: lo que *ahora* es relevante preservar y que posiblemente antes no tenía un sentido de validez cultural para la sociedad. Es ahí donde radica la necesidad de comprender los procesos del poder y la identificación de las memorias alternas, que en ciertos momentos redefinen las condiciones de significación de lo preservable, de lo digno de recordar.

En este sentido, el patrimonio tangible ha tenido el aval de la representación material, así como la continua exposición de su entidad en torno al espacio. Por otro lado, las representaciones culturales presentes, pero inmateriales, sufren la desventaja de su fugacidad, su temporalidad próxima pero discontinua, lo cual en cierta medida ha generado una relativa invisibilidad. Las representaciones intangibles pueden estar continuamente presentes a pesar de su fugacidad; dependen de la legitimidad de sus recursos y la potencia de su emergencia ideológica para hacer frente a otros posicionamientos diferenciales que pueden poner en riesgo sus conocimientos, formas de vida u otros elementos de relevancia social.

La historia lacustre del Valle de Toluca o Matlatzinco

El altiplano central mexicano se caracteriza por la presencia de elevaciones geográficas que forman parte del eje volcánico transversal. El volcán Xinantecatl o Nevado de Toluca, así como el cerro de los magueyes (Metepéc), el cerro de Tlacotepec, el cerro del Toloche, la Teresona y la Sierra de las Cruces, son referentes geográficos de relevancia en el Valle de Toluca o Matlatzinco. Esta región cuenta con una amplia presencia de cuerpos de agua, entre ellas la cuenca alta del Lerma, la cual estuvo conformada por tres lagunas: Chignahuapan, Chimaliapan y Cacamilhuacan. Éstas han sido fundamentales tanto en la supervivencia y formas productivas regionales, como en la construcción simbólica del agua, la cual, históricamente suele ser reconocida como una entidad viva o anímica.

En el sistema de creencias locales, las cosmovisiones vinculadas a entidades del agua mantuvieron su vigencia. Béligand (2013) considera que los

otomíes pudieron haber transmitido diversos mitos y creencias de las poblaciones nahuas. Esta posibilidad se gestó alrededor del 1400, época en que diversos grupos otomíes del Valle de México y del Valle de Toluca pasaron al yugo tepaneca, por lo cual, pudieron estrecharse relaciones y vínculos culturales.

En ese sentido, el agua mantuvo su valor sacralizado, asociado con Acxacapo, una divinidad femenina con cola de serpiente, la cual se consideraba que habitaba la región lacustre. Esta diosa estuvo vinculada a la fecundidad y las buenas cosechas; se le identificaba como madre de los peces de agua dulce. Con el tiempo, este referente se transmitiría a las poblaciones matlatzinca y mexicana. Así, la sirena de este valle sería conocida en lengua náhuatl como *atlanchane*, palabra derivada de *atl* (agua), *tonan* (madre) y *chane* (espíritu mágico), hoy conocida como Tlanchana (REYNOSO, 2018, p. 25).

Además de la Tlanchana o Atlanchana en el imaginario prehispánico que aún persiste, las lagunas marcaron la forma de vida de las localidades de la región. De hecho, el etnónimo matlatzinca referido por los mexicas, provenía de la palabra *matlatl*: red, y *zintli*: reverencial y *catl*: gentilicio, lo que significaría: “los señores de la red”. Huitrón (1962) plantea que si bien, Bernardino de Sahagún hacía referencia a que este nombre proviene de las redes utilizadas por esta población para desgranar el maíz, en realidad éstas eran signo de la actividad económica vinculada a la pesca, por ello, este etnónimo es un referente importante de la vida lacustre de las comunidades de la región.

Como lo demuestran otros autores (PIÑA CHÁN, 1971; SUGIURA & SERRA, 1983), desde el formativo inferior (alrededor del 2500- 1000 a. C.), las actividades lacustres como la pesca, la caza de aves y la recolección, fueron primordiales entre las poblaciones ribereñas del Lerma. De acuerdo con Sugiura y Serra (1983), en invierno dominaban las actividades de caza de aves acuáticas, en otoño la pesca, en verano la recolección de plantas lacustres, mientras que en primavera la caza de gallaretas y de patos.

La incursión de la ganadería se hizo presente en la región desde momentos tempranos de la colonia española. Hernán Cortés tomó el Valle de Matlacingo como zona de experimentación principal para la crianza de ganado, en 1528 situó su primera estancia ganadera en San Mateo Atenco (ALBORES, 1988, p. 125). Incluso se llegó a considerar la posibilidad de desecar las lagunas para aumentar los hatos de ganado, no obstante, la producción de forraje extraído de la laguna permitió a su vez el crecimiento de este sistema productivo en la región (IBARRA, 2010, p. 122).

El modo de vida lacustre caracterizado por ser la laguna la base de la subsistencia alimentaria, así como proveedora de materiales para la vida cotidiana y el transporte regional, se mantuvo hasta el siglo XX, momento en que empiezan a llevarse a cabo proyectos de desecación de las lagunas (SUGIURA & SERRA, 1983; ALBORES, 1988). Algunas de estas propuestas provenían desde el siglo XIX, ya que el gobierno estatal y federal buscaba aprovechar sus tierras para la ganadería. Con la Ley del 25 de junio de 1856, que promovía la desamortización de bienes de las corporaciones civiles y eclesiásticas, el gobernador de la entidad propuso desecar la laguna del Alto Lerma, para aprovechar los terrenos de la ciénega para fortalecer el potencial agrícola del valle. En 1857 se efectuó una reunión con autoridades municipales, en ella, los representantes de Almoloya del Río y San Pedro Tultepec expusieron su desacuerdo ante la propuesta del gobernador. En esa ocasión el proyecto de desecación no se llevó a cabo, sin embargo, hacia inicios del siguiente siglo la suerte de las lagunas cambiaría (CAMACHO, 1998).

En conjunto a los proyectos de desecación de principios del siglo XX, surgieron otros de trasvase en las siguientes décadas, con lo cual se conformó el sistema Lerma para llevar agua de los manantiales de esta región hacia la Ciudad de México. Estas obras iniciaron en 1942 inaugurándose, nueve años después, los 60 kilómetros del acueducto que conecta a Almoloya del Río con los tanques de Dolores en Chapultepec. Este proyecto estuvo amparado por la administración federal de Manuel Ávila Camacho, quien impulsó un modelo de sustitución de importaciones y la industrialización nacional. Ante ello, el agua

resultó ser un recurso indispensable para la industria; dejó de ser un factor local para convertirse en un asunto nacional (IBARRA, 2010). Los municipios aledaños a la cuenca del Lerma vieron afectada su subsistencia, no sólo por la desaparición de la mayoría de las lagunas, también por la urbanización e industrialización de las décadas siguientes.

La memoria lacustre y su personaje central: La tlanchana

La base de la memoria lacustre se encuentra en diferentes narraciones tradicionales que hacen referencia a las entidades anímicas de la naturaleza. A éstas se les concebía como espíritus de abundancia y fertilidad, principalmente ligados con el agua. En la tradición oral de varios pueblos del valle de Toluca, se habla de la existencia de un conjunto de ríos subterráneos que unen al volcán Xinantecatl o Nevado de Toluca con las lagunas del valle. En algunas historias se cuenta que había unas hermanas sirenas que deambulaban por las diferentes venas de agua o se les podía encontrar en las lagunas del volcán y del valle. Las lagunas, como lugares de abundancia, cambiaron su concepto con la evangelización, al ser concebidos como espacios de peligro e incluso lugares por donde podía estar la llorona, un espíritu en forma de mujer que causa daños y muerte.

Otras narraciones que se cuentan en Metepec, hablan de la existencia de lagunas en las cuales los pobladores pescaban para alimentarse. Estas proveían el sustento de los habitantes, por ello, solían llevarle ofrendas a la Tlanchana como agradecimiento por la buena pesca. Algunas personas comentan que la Tlanchana o sirena tenía cola de serpiente, mientras que otras mencionan que también se presenta con cola de pez. Las zonas que tenían mayor vegetación, principalmente tule -una planta acuática endémica- eran las consideradas como los espacios donde había mayores peces, acociles, ajolotes, atepocates, entre otras especies acuáticas. Sin embargo, era común que en esa zona se escucharan voces que salían del agua, hasta que aparecía una mujer de largos cabellos, que envolvía con sus encantos a sus observadores, algunos hombres no regresaban y se perdían en los parajes de

agua. Los pescadores concebían a esta mujer como la dueña de la ciénaga. En algunas entrevistas que realizamos en la región de la cuenca Alta del Lerma, la gente nos platicó que las almas de las personas que se ahogaban, siguiendo a la sirena, se convertían en peces. De esa forma se quedaban con la Tlanchana, en su mundo.

La historia de la Tlanchana es reconocida por gran parte de los pobladores del centro de Metepec, no obstante, la falta de un vínculo geográfico que permita anclar la narración con el espacio de significación, ha generado cierta pérdida semántica de la historia. La geografía local ha cambiado notoriamente en los últimos 70 años y el crecimiento urbano ahora envuelve el paisaje que anteriormente estaba caracterizado por llanuras que transcurrían entre lagunas, venas de agua y manantiales. A pesar de ello, la tradición oral y alfarera han permitido la continuidad de los imaginarios en transición y en gran medida la narrativa oral y el arte en barro se ha vuelto una marca de la memoria, ahora desde una connotación creativa, más que geográfica.

Hay diferentes versiones en la región en las cuales se habla de “los señores del agua”, quienes desde el periodo colonial empezaron a ser designados como “sirenas” (Béligand, 2013). En Almoloya del Río, donde nace el río Lerma, se narran historias sobre la sirena de la laguna, la cual aparece con los rasgos de una joven hermosa que en ocasiones suele estar en un islote tomando un baño de sol y peinando su larga cabellera.

De acuerdo con algunas versiones, la “dama del agua” era una mujer que le gustaba ir al lago. Ella era pretendida por un hombre que llegaba en una barca, quien en realidad era un hombre-sireno. El hombre se llevó a la joven y la internó en la laguna; en la medida en que ella se alejaba de la orilla, sus piernas se convertían en una larga cola de serpiente. El sacerdote del pueblo habría alcanzado a bendecir a la pareja, con ello, consagró el matrimonio. “A partir de entonces, la pareja recibe los nombres de ‘sireno’ y ‘sirena’, o bien de *Clanchano* y *Clanchana*, deformación probable del término *atlan chaneque*, ‘que vive en el agua’ o bien ‘patrón [patrona] del agua’” (BÉLIGAND, 2013, p. 33).

En esta región se cuentan diversas historias en las cuales se narra la muerte del sireno. En algunos casos se menciona que, debido a que el sireno se había transformado en pato, algunos pobladores lo habrían matado por accidente; la sirena hizo subir el nivel de las aguas, ahogando a las personas (BELIGAND, 2013). En otras versiones se narra que la *Atlanchane* o sirena de la laguna y su esposo el sireno, caracterizados por su cola de serpiente, vivían en las lagunas, pero los propios lugareños provocaron deliberadamente la muerte del sireno; la sirena fue a buscarlo al fondo de la laguna, ambos desaparecieron, la sirena se llevó el agua y, con ello, las lagunas empezaron a secarse (TREJO & ARRIAGA, 2009).

La trascendencia de las sirenos como figuras míticas, no ha quedado solamente referida en la tradición oral, también ha quedado representada en la fachada de la iglesia de San Antonio la Isla, un municipio vecino de Metepec, cuya iglesia tuvo su restauración en el siglo XVII (concluyendo a principios del siglo XVIII), siendo en esta época el momento en que se esculpió la imagen de los sirenos a través de las manos de artistas indígenas. “Estamos aquí en presencia de una trilogía de las más inesperadas que confiere cierta santificación a la pareja ‘señora y señor del agua’. Al igual que el Espíritu Santo, los seres del agua están esculpidos de frente. Las dos siluetas son a priori idénticas, sin embargo, el rostro de la sirena del norte no deja duda sobre la femineidad del personaje, mientras que los contornos del rostro de la sirena del sur, más cuadrados, con cejas más marcadas, tienden a acercarlo a un personaje masculino” (BÉLIGAND, 2013, p. 38).

La tradición oral, como otras formas de memoria que han marcado el espacio lacustre, siguen siendo referentes de los sistemas de significación del entorno que se visibilizan en diferentes prácticas creativas. La Tlanchana se mantiene vigente en la artesanía y arte popular del municipio; esta presencia no es una recuperación artística contemporánea, tiene sustento en una continuidad temporal donde, además de quedar plasmadas en obras de la época colonial, como es el caso del templo de San Antonio la Isla, también hay referentes históricos cerámicos que nos hablan de ello. De acuerdo con Béliand (2013), las primeras representaciones de la sirena en barro, eran

realizadas con las proporciones del cuerpo del pescado, posteriormente adquirió las proporciones de un cuerpo humano.

Metepec: entre el imaginario del barro y la transición urbanística

Metepec, cuyo significado en lengua náhuatl es “en el cerro de los magueyes”, es una población que desde inicios de la conquista española tuvo relevancia en el Valle del Matlatzinco. Esta Villa fue fundada por los españoles en 1526 con el nombre original de Villa de San Juan Metepec. La congregación franciscana de 1561 reunió a grupos de estirpe matlatzinca, otomíes, nahuas y mazahuas. Este sustento indígena acompañó la conformación cultural de la región (JARQUÍN, 2004, p. 60).



Fotografía 1: El cerro de los magueyes, coronado por la iglesia del Calvario.

En la época contemporánea, Metepec se ha convertido en unos de los municipios del centro de México con mayor inversión en la industria, la cual fue precedida por la formación de amplios complejos habitacionales desde la década de 1970. Lo que antes constituía un municipio formado por pueblos de origen prehispánico como San Salvador Tizatlalli, San Jerónimo Chicahualco,

Santa María Magdalena Ocotitlán, ahora se caracteriza por las unidades habitacionales populares e importantes zonas residenciales para la clase media y alta, algunas de ellas aún conservan los nombres de los antiguos ranchos que los precedieron. En la década de 1990 se ampliaron los proyectos residenciales y centros comerciales que encarecieron el precio de los terrenos, que antes era para la agricultura (JARQUÍN, 2004; GÓMEZ, 2016).

Estas transformaciones están enmarcadas por el contraste de una ciudad en modernización que convive con esquemas de ruralidad tradicional. La vigencia de rituales religiosos vinculados a la agricultura, donde resalta la petición de lluvias, siguen siendo una característica del patrimonio de este municipio. La fiesta más importante se realiza el 15 de mayo, para celebrar a San Isidro Labrador. La procesión que en la época colonial tenía como fin ofrecer ofrendas al santo, principalmente animales, en los tiempos recientes tiene que ver con un desfile de carros decorados con portadas y arcos de semillas de algunos cereales de la cosecha anterior, principalmente maíz y frijol. De acuerdo con Jarquín, esta festividad “era aprovechada para fomentar el intercambio de semillas, productos agrícolas, animales y artesanías, ya que se organizaban ferias y mercados al mismo tiempo, como todavía se realizan en la actualidad” (2004, p. 65). En los recorridos por las calles de Metepec los participantes ofrecen panes y bebidas de todo tipo, ya sea agua de sabores o tequila y pulque.

La memoria social sigue haciendo referencia a las representaciones agrícolas de los pobladores, a través de la continuidad de las narraciones orales, los rituales agrícolas o en la representación de obras de alfarería. La tradición alfarera ha permitido la vigencia de las representaciones significativas que despliegan un sistema simbólico propio de las reminiscencias agrícolas. La Tlanchana reconocida como un espíritu del agua, que vivía en las lagunas de la región, se niega a desaparecer en el imaginario e incluso ahora se ha internacionalizado en las obras de los maestros artesanos. Esta tradición se entrelaza con otras representaciones en barro, como lo son los árboles de la vida y de la muerte, eclipses, el sol, la luna y las figuras calaberezcas, ahora más comúnmente representadas como catrinas; aunque éstas están basadas

en las imágenes del artista José Guadalupe Posadas, no obstante, mantienen referencias del culto a la muerte, algo característico de las comunidades de origen agrícola en México.

La importancia de la alfarería en la región, como lo hemos referido, es muy añeja. No sólo es importante en cuanto a su trascendencia histórica, vinculada incluso, a sus antecedentes prehispánicos y coloniales (Huitrón, 1962). En la actualidad, Metepec cuenta con alrededor de 140 talleres artesanales, 90% de ellos están enfocados a la alfarería; hay más de 400 maestros alfareros (REYNOSO, 2018), varios de ellos precedidos por una historia familiar de varias generaciones dedicadas a esta actividad; mientras que otros, están forjando su historia en la alfarería, siendo la primera o segunda generación dedicados a esta actividad. El barrio de Cuaxotenco es reconocido por la amplia presencia de talleres familiares, aunque estos se hacen presentes en todos los barrios de Metepec.

La manufactura de objetos domésticos como las cazuelas, jarros, cántaros, ollas, platos y otros enseres son una constante. La juguetería en barro ha sido significativa con piezas miniaturas, que no solo se refleja en pequeñas cazuelas, ollas y otros objetos domésticos, también hay una tendencia importante de la generación de obras artísticas que muestran actividades de la vida cotidiana tradicional.

La alfarería, además de tener una amplia producción de objetos de uso doméstico, mantiene su importancia, debido a que los artesanos locales han expuesto sus perspectivas creativas y las memorias regionales. En Metepec, esta práctica se caracteriza por mantener una cercanía con las figuras míticas ligadas al mundo lacustre y otros sistemas de creencias afianzados por diferentes influencias históricas. En ese sentido, las figuras tradicionales cada vez más empiezan a tener variaciones estéticas, pero manteniendo ciertas características referenciales del contexto lacustre o de la representación mítica y popular.

Un caso significativo es el de los Árboles de la Vida. Esta pieza artesanal, en forma de candelabro ramificado, tiene este nombre emblemático porque en él se representa el mítico Edén cuyos personajes centrales son

Adán y Eva, rondando está una serpiente y alternamente se hace presente el arca de Noé con diversos animales. De esta pieza se han generado diversas variaciones como lo es el “Árbol de la muerte”, caracterizado por imágenes calavéricas. Otra vertiente son los árboles temáticos, los cuales pueden abordar distintos motivos, entre los más reconocidos son los árboles de la tlanchana, danzas tradicionales del país, juguetes tradicionales, entre otros.

Las tendencias de los maestros artesanos más jóvenes, y otros más con amplia trayectoria, se han vinculado de forma notable hacia el arte popular, algunos de ellos vendiendo sus obras en el extranjero o en otras latitudes del país. Este reconocimiento al arte popular, en gran medida se ha fortalecido con los concursos de diversas instancias nacionales, estatales y municipales, como el Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (FONART) y el Instituto de Investigación y Fomento de las Artesanías (IIFAEM), quienes han proyectado las obras de estos artistas. Así como se pueden crear obras en miniatura, también resaltan las de escalas mayores, que retoman diversos temas como los oficios, aspectos de la vida cotidiana o representaciones de esqueletos que hacen referencia a la vida en el más allá.



Fotografía 2: Escultura en barro de la Tlanchana en la plaza principal de Metepec.

Identities in tension: Local narratives in the face of the governmental and tourism perspective of pottery

La construcción de identidades vinculadas a la producción artesanal en barro, característica de la zona centro de la llamada “Ciudad típica de Métepec”, se ha visto alimentada por diversos proyectos gubernamentales que, desde la década de 1990, han buscado generar estrategias turísticas, así como una “marca dellugar”, fundamentada en la artesanía y el barro.

Previo a ello, existió un proyecto en el gobierno estatal de Gustavo Baz (1957-1963). El llamado “Plan Metepec” buscó generar la organización de la industria familiar, a través de las asociaciones de artesanos para el fortalecimiento de la producción alfarera, en aras de generar apertura hacia un mercado nacional e internacional. A ello se sumó la creación del Fondo de Fomento para las Artesanías Mexicanas, en 1961, por parte del Gobierno Federal. Dicho organismo impulsó el desarrollo de los oficios tradicionales y el fortalecimiento económico de la producción artesanal (HUITRÓN, 1962).

En las décadas consecuentes, este tipo de proyectos gubernamentales que buscaban enfatizar la producción de las llamadas “culturas populares”, mantuvo una visión de “tradicionalidad” en las actividades creativas. Es así que diversos municipios del país, caracterizados históricamente por la producción de elementos considerados como “artesanales”, se fueron estereotipando con esa valoración. Metepec no fue la excepción, a partir de la década de 1990 los gobiernos municipales buscaron fortalecer la “imagen” de la entidad, a través de un proyecto urbano que implicó la remodelación de las calles y fachadas de las casas de la zona centro.

El proyecto urbanístico expuso una tendencia hacia una imagen “tradicionalista” a partir del uso de materiales de arcilla y figuras de barro colocadas en las paredes y dinteles de las casas. El énfasis de la estética rústica sigue vigente y se ha acompañado de otros proyectos como la creación del “Festival Internacional de Arte y Cultura Quimera”, el cual fue inaugurado en 1990. Había un claro objetivo: formar una estrategia turística municipal, resaltando la trascendencia cultural de la región. Para ello, fueron muy

reconocidas las obras pictóricas que proyectaban los carteles publicitarios del evento, muchos de ellos elaborados por artistas locales, en los cuales se hacía presente algún referente del imaginario artesanal del municipio; ya fuera la presencia de un sol de barro vertido sobre una máscara, la tlanchana, la luna u otra figura más que, evidentemente buscaba generar un vínculo entre la tradición del imaginario del barro y la creatividad de los artistas.

De igual forma, a partir de 1992 se empezó a realizar el “Concurso Nacional de Alfarería Árbol de la Vida”, que se efectúa durante las fechas de celebración de una de las fiestas más importantes del municipio, la de San Isidro Labrador. Este concurso ha sido auspiciado desde sus inicios por el FONART, en conjunto con el gobierno municipal de Metepec.

Los gobiernos municipales de las últimas dos décadas han mantenido una tendencia hacia el barro como imagen representativa de la entidad, colocando fuentes que representan a la tlanchana, otras esculturas más, que hacen referencia a la actividad alfarera, esculturas de santos como San Isidro Labrador, o la utilización de piezas de barro para decorar puentes y otros espacios públicos. Incluso en el 2012 se fundó el “Museo del Barro”, espacio que cuenta con una exposición permanente de las piezas ganadoras del Concurso Nacional de Alfarería “Árbol de la Vida”. También expone obras de los maestros alfareros del municipio, así como otros espacios de exposiciones temporales y foros artísticos. Entre sus actividades sobresalen los talleres de barro para niños y jóvenes.

Los proyectos que resaltan la importancia de la alfarería en el municipio, han estado enmarcados en dos tendencias: la primera característica de los años 60's hasta principios de la década de 1980, la cual puso énfasis en la producción artesanal como referente de un sistema empresarial familiar o local, que generara recursos económicos para disminuir condiciones de pobreza y marginalidad de sectores populares. Por otro lado, a partir de la década de 1990 se empieza a comprender la producción artesanal como referente económico, pero sustentado en un capital cultural que podría generar beneficios desde el turismo.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en conjunto con la Organización Mundial del Turismo (OMT) efectuaron, en 1982, la Conferencia Mundial sobre Las Políticas Culturales. En ella, se revaloró la relación entre el turismo y la cultura, destacando la importancia de la identidad, el desarrollo, la democracia y el patrimonio en esta correlación. En esta conferencia se asumió la relevancia tanto del pasado como de los usos culturales actuales y futuros. Además de ello, se puntualizó la conveniencia de la elaboración de políticas culturales a partir de la colaboración entre los gobiernos y las comunidades (UNESCO, 1982 en HERNÁNDEZ *et al.* 2017).

En las décadas de 1980 y 1990, la apertura económica del país hacia los mercados internacionales, fomentaron una política turística cultural con el desarrollo y ampliación de la infraestructura turística. Pero es justamente a principios del nuevo siglo en el cual se fortaleció la estrategia turística con el Programa Nacional de Turismo (2001-2006), con lo cual se buscaba hacer del turismo, una prioridad nacional y generar el liderazgo de México en este rubro (HERNÁNDEZ *et al.* 2017).

Precisamente en ese periodo se crea el Programa Pueblos Mágicos, el cual retomó la importancia de los patrimonios culturales monumentales, principalmente arquitectónicos, además del reconocimiento de los patrimonios intangibles como la historia y diversas tradiciones culturales que aportaran a la valoración turística de las comunidades. El municipio de Metepec tuvo el reconocimiento de pueblo mágico en el 2012, principalmente por su producción artesanal, la relevancia histórica de sus templos católicos y la arquitectura de la Ciudad Típica.

“En 2006, y en virtud de su creciente afluencia turística, su vocación artesanal, los servicios de alimentos y bebidas, así como sus fiestas y tradiciones, Metepec obtuvo la denominación de Pueblo con Encanto, por parte del Gobierno del Estado de México, haciendo evidente cómo la falta de coordinación, interacción, convergencia y transversalidad, en los programas estatales y municipales, incidió para que Metepec no se designara en 2006 como Pueblo Mágico. En el año 2012, una vez cubierto el expediente del

programa, a Metepec se le otorgó -el 14 de septiembre- la denominación de Pueblo Mágico, por el Gobierno Federal” (HERNÁNDEZ *et al.*, 2017, p. 34).

Este programa ha centrado su atención en la infraestructura y la imagen significativa de las localidades que tienen dicho reconocimiento; no obstante, desde la visión de algunos pobladores, aunque hay mayor presencia de visitantes, comúnmente los espacios aprovechados para el turismo, así como la inversión gubernamental está parcializada y son algunos grupos empresariales locales y nacionales los que se han beneficiado, generado una asimetría económica, producto de estos mismos programas.

Con ello, se vuelve relevante conocer las formas en que los propios habitantes identifican las ventajas y desventajas de estos proyectos turísticos, más allá de los beneficios económicos, generando una reflexión sobre la continuidad de sus prácticas culturales y las limitantes que los proyectos gubernamentales pueden propiciar cuando estos se enfocan sólo en la superficialidad de la práctica cultural como imagen identitaria y no en la relevancia de dichas prácticas en la organización social y territorial.

Si bien, los diversos gobiernos municipales de los últimos 30 años han ensalzado la actividad alfarera como elemento identitario de la entidad, al mismo tiempo, las administraciones recientes han generado diversas propuestas de sacar de la zona centro los talleres artesanales de barro, con el argumento de que los hornos tradicionales provocan una alta contaminación, así como una medida para mejorar la imagen de la ciudad. Algunos talleres cerraron debido a que no pudieron costear la compra de los nuevos hornos, mientras que otros tuvieron que trasladarse a otra zona alejada del centro del municipio (GÓMEZ, 2016).

Además de estas paradojas de los discursos oficiales que valoran la práctica artesanal como imagen del municipio, pero no a los propios artesanos y su historicidad en un contexto en continua transformación, también se hace presente la resistencia de los pobladores y artesanos que buscan rescatar la continuidad de las piezas de barro utilitarias, no sólo las ornamentales, evitando también, la venta de productos externos, principalmente de producción en serie, que suelen ser comunes en algunos puestos comerciales.

Las zonas de mayor turismo cuentan con tiendas de venta de artículos decorativos, donde la mayoría de los productos son de diferentes partes del país o incluso del extranjero, mientras, las tiendas que ofertan los productos de barro, tanto para uso doméstico como ornamentales, son muy pocas. Además de que los dueños de dichos negocios no siempre son personas del centro del municipio, algunas vienen de otros lugares del Estado de México. Al mismo tiempo, empieza a generarse la presencia de galerías de arte popular, donde se ofertan piezas artísticas en barro, siguiendo, en la mayoría de los casos, las temáticas tradicionales, pero con un trabajo de mayor dedicación; trabajos que recuerdan a las obras premiadas de diversos maestros artesanos del municipio en los concursos de arte popular a nivel local y nacional.

El espacio marcado por prácticas bioculturales de arraigo histórico, adquiere otras semantizaciones a partir de la “marca del lugar” gestada por los proyectos oficiales de las administraciones gubernamentales. En el caso de Metepec, es perceptible cómo este proceso que se fundamentó desde la política turística sustentada en los capitales culturales, ha devenido en un proyecto de “identidad municipal”. No obstante, las prácticas culturales y la memoria histórica local generan un vínculo que trasciende lo municipal, es decir, la historia lacustre se ha mantenido en los imaginarios sociales, de tal suerte que las diversas narraciones de figuras míticas, así como el recuerdo de la forma de vida de antaño, mantiene un vínculo regional.

Evidentemente, la historia alfarera de Metepec es un elemento que ha marcado la identidad cultural de los pobladores, sobre todo la de la gente de los barrios de la ciudad típica. Aunque éstapueda alimentarse en cierta forma de los constructos oficialistas, lo que ha marcado ese proceso identitario es la memoria que articula el pasado lacustre, el barro y las diversas tradiciones orales, rituales y de convivencia y cohesión social. En ese sentido, si bien, diversas personas han aprovechado las ventajas económicas que ha generado la turistificación artesanal, o han encontrado la oportunidad de mostrar a un público mayor sus obras artesanales y artísticas, en otros casos, también estas políticas han marcado ciertas asimetrías sociales, resultantes de los modelos de operación de las políticas turísticas, al tiempo en que se convierten en un

escenario de resignificación de lo propio.

Reflexiones finales

El patrimonio, ya sea tangible o intangible, implica un problema antropológico que debe ser resuelto a partir de la revisión de las relaciones del imaginario con las posturas ideológicas y las estructuras de poder. Claro está que el estudio del patrimonio tangible e intangible puede ser abordado desde los estudios interdisciplinarios, permitiendo una mayor comprensión del fenómeno, dado que el patrimonio cultural pone en conflicto los usos simbólicos en torno a lo que es concebido como un legado, ya sea desde las políticas mismas de la memoria instauradas por las estructuras de poder, o lo socialmente definido desde las convencionalidades de la rememoración. Ambos esquemas despliegan condiciones de su acceso y apropiación que se enlazan con las representaciones del legado. En ese sentido, es de relevancia identificar las bases contextuales de las representaciones culturales que nos permitan entender las capas significativas que se construyen en torno a los elementos valorizados como patrimonio cultural, ya que las memorias alternas pueden hacer presencia en condiciones concretas, exponiendo mentalidades e interpretaciones sociales desde la emergencia social.

Las narrativas sobre lo heredado y lo construido han marcado diferentes tendencias que desembocan en la posibilidad configuradora de la identidad municipal. Tanto los posicionamientos de la población local como las gubernamentales atisban un interés de lo propio, lo que define al municipio; sin embargo, la diferencia está en qué es lo que envuelve esta identidad cultural. Desde la perspectiva gubernamental el interés por definir una identidad municipal está influenciada por la búsqueda de afianzar una marca de lugar. Si bien este proyecto ya tiene algunas décadas, las administraciones actuales han encontrado en la alfarería un punto de interés para afianzar la vocación turística del municipio como una alternativa económica, principalmente para el caso de la zona centro, ya que en un contexto municipal de mayor amplitud, hay otros campos económicos más redituables.

Por otro lado, los pobladores de la ciudad típica reconocen en la alfarería no solo su importancia para la subsistencia económica, sino un legado que es inherente con el pasado de la comunidad y la geografía local, más enfocado a los lugares marcados por la tradición. Por ello, la continua reproducción temática y la presencia de figuras míticas de arraigo histórico. Si bien las tlanchanas y árboles de la vida son un símbolo del arte popular local y son reconocidos internacionalmente, se encuentra en estos trabajos, así como en las diversas obras de concursos artesanales en barro, una añoranza con el pasado de la comunidad, sus tradiciones y los referentes básicos que han forjado la presencia alfarera. Estos temas no sólo son retomados por los artesanos de mayor edad, sino que suelen ser una búsqueda de los propios jóvenes artesanos y artistas que encuentran en su herencia los motivos e influencias para su creación artística.

La tradición oral y alfarera han permitido la continuidad de los imaginarios. En gran medida la narrativa oral y el arte en barro se ha vuelto una marca de la memoria, la cual ha trascendido la transformación geográfica para anclarse en una connotación creativa.

Los patrimonios culturales que han delineado de forma significativa a las comunidades, ya sea por las condiciones geográficas, presentes o históricas y las diversas narrativas que forjan su memoria comunitaria; también implican un reconocimiento desde sus *praxis*, como artes de hacer, en este caso, desde la narrativa oral y artística como un acontecimiento. Pero este proceso está enmarcado ante las diferentes significaciones y confrontaciones que ejercen diversos actores sociales, ya sea de las instituciones oficiales o de los diversos sectores comunitarios. En tal sentido las identidades culturales y los imaginarios que los forjan son espacios de negociación y revalorización de lo heredado, de lo inventado y de lo recreado.

Referencias Bibliográficas

ABERCROMBIE, Thomas. ***Caminos de la memoria y el poder. Etnografía e historia en una comunidad andina***. La Paz: Institut français d'études andines, 2006.

ALBORES, Beatriz. “El complejo relacional: hidrología–economía”, en Samuel Morales, *La industrialización del Valle de Toluca y las poblaciones ribereñas del río Lerma*. México: UAEM, 1988, p. 115-176.

BÉLIGAND, Nadine. **Topos y cosmogonía: las deidades lacustres de la cuenca del alto Lerma**, *Historias, México*, n. 86, p. 23-46, 2013.

CAMACHO, Gloria. **Proyectos hidráulicos en las lagunas del alto Lerma, (1880-1942)**, en Blanca Estela Suárez Cortés (coord.), *Historia de los usos del agua en México. Oligarquías, empresas y ayuntamientos (1840-1940)*. México: Comisión Nacional de Agua/CIESAS/ IMTA. 1998, p. 229-279.

CONNERTON, Paul. *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

FIGUEROA, David. **Memoria intertextual y narrativa en la conformación de las ontologías de la naturaleza en las comunidades mazahuas de México: reflexiones desde la ecología política latinoamericana**, *Revista de Ciências Sociais*, Fortaleza, v. 51, n. 2, p. 85–121, 2020.

FIGUEROA, David. **Litorales de la memoria. Percepción del territorio y las relaciones interétnicas en Pómaro, Michoacán**. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2015.

GADAMER, Hans-Georg. **Verdad y Método**. Salamanca, España: Sígueme, 2005.

GÓMEZ, Gabriel. **Identidades, imaginarios y cambios urbanos en Metepec, Estado de México. Tesis de doctorado, Facultad de Planeación urbana y regional**, Universidad Autónoma del Estado de México, 2016.

HALBWACHS, Maurice. **Los marcos sociales de la memoria**. Barcelona: Anthropos, 2004.

HERNÁNDEZ, David, Marcelino Castillo, Élva Esther Vargas y Graciela Cruz. **La transversalidad en la política turístico-cultural del pueblo mágico de Metepec**, México. *Entreciencias*, México, n.13, p. 29-45, 2017.

HUITRÓN, Antonio. *Metepec. Miseria y grandeza del barro*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1962.

IBARRA, Verónica. **El uso hegemónico del agua en la laguna Chignahuapan 1940-1969**. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, v. 52 n. 208, p.113-131, 2010.

JARQUÍN, María Teresa (coord.). **Metepec: de Aldea a Ciudad**. México: Colegio Mexiquense, 2004.

OLICK, Jeffrey. **Collective Memory: the two Cultures**. *Sociological Theory*, v. 17, n. 3, p. 333-348, 1998.

PIÑA Chán, Román. **Teotenango: el antiguo lugar de la muralla**. México: Dirección de Turismo del Gobierno del Estado de México, 1971.

POLLAK, Michael. **Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite**. La Plata: Ediciones al Margen, 2006.

REYNOSO, Cristian. **Metepec, pueblo mágico**. México: Fondo Editorial del Estado de México, 2018.

RICOEUR, Paul. **Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido**. México: Siglo XXI editores, 2003.

SUGIURA, Yoko y Serra, Carmen. **Notas sobre el modo de subsistencia lacustre. La laguna de Santa Cruz Atizapán, Estado de México**, *Anales de Antropología*, v. 20, n. 1, p. 9-26, 1983.

TREJO, José Antonio y Emilio Arriaga. **“Memoria colectiva: vida lacustre y reserva simbólica en el Valle de Toluca, Estado de México”**, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, México, n. 50, p. 303-321, 2009.

VIRILIO, Paul. **El arte del motor: Aceleración y realidad virtual**. Buenos Aires: Manantial, 2003.